

Desde la Cruz, Cristo irradia majestad

La Solemnidad de Cristo Rey corona todo el año litúrgico. Un año que concluye, signo de la vida temporal que llega a su fin y se adentra definitivamente en la eternidad. La figura majestuosa de Cristo Rey tiene la última palabra. Es Juez universal que implanta definitivamente su Reino Eterno.

La Iglesia pone en esta fiesta delante de nuestros ojos el último acto del drama de la redención: el retorno glorioso de Cristo a la tierra «sobre las nubes del cielo, con grande poderío y majestad», para juzgar a vivos y muertos.

Esta fiesta es la más moderna de todas las de nuestro Señor Jesucristo. Pío XI la estableció en 1925. Quiso centrar la atención de todos en la imagen de Cristo, Rey divino, tal como la representaba la primitiva Iglesia. Sentado a la derecha del Padre en el ábside de las basílicas cristianas, aparece rodeado de gloria y majestad. La cruz nos indica que de ella arranca la grandeza imponente de Jesucristo, Rey de vivos y de muertos. «Con razón, en la cruz —dice San Ambrosio— se puso el título Rey de los judíos, pues desde ella irradia majestad Cristo Jesús».

I. QUIÉN ES EL REY

Es Jesucristo, el único Soberano, el Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Rey de reyes y Señor de los que dominan (Cf 1 Tim 6,15; Ap 19,16). El profeta Daniel lo contempla en la noche avanzar sobre las nubes del cielo hasta llegar al Anciano de Días, que le entrega el poder, el honor el Reino para que todas las naciones de la tierra le sirvan (Dn 7,13-14).

Contemplemos nosotros con agradecimientos a este Jesús que nos ama y quiere que en el mundo y en nuestra vida triunfe el Amor sobre el pecado (en eso consiste la soberanía de su Reino); a ese Jesús que piensa en mí desde toda la eternidad, que me ama con amor desde siempre, que perdona y olvida mis miserias sin cansarse de llamarme una y otra vez. «Yo soy Rey», afirmará con solemnidad divina delante de Pilato en las puertas mismas de su Pasión, grandioso y definitivo triunfo de su Amor (cf Jn 18,37). Y soy Rey para ti -me dice-, para que me adores y me entregues todo tu corazón.

Cristo Majestad

Cristo Rey ejerce poderoso atractivo. Nos conmueve y nos impulsa a amarle hasta el enamoramiento. La visión de Cristo Rey ya en los cristianos primitivos inspiró, siglos adelante, las primeras imágenes de Cristo crucificado. Llenas de **majestad y grandeza**, nos impresionan. El Cristo románico triunfa en la cruz. Aparece totalmente vestido, o, por lo menos, con paño hasta las rodillas. Los dos pies descansan suavemente en el supedáneo. Una corona real ciñe su cabeza. Hasta el siglo XIII, el arte cristiano presentaba, invariablemente, el crucifijo en esta forma. Es el Cristo majestad, el Cristo románico.

Pero pronto sería sustituido por el Cristo gótico, que llenará los siglos siguientes. En consonancia con el matiz más íntimo de su devoción a Jesús, el siglo XIII y los dos siguientes presentan un **Cristo paciente lleno de dolores**. Lienzo corto, pies cruzados clavados con un solo clavo, corona de espinas. Todo invita al recogimiento íntimo, al dolor compasivo.

Cristo majestad despertaba admiración y encendía ardores de conquista. Es el Cristo Rey en cuyo nombre los cruzados se lanzan a la reconquista de Tierra Santa al grito de «¡Cristo reina, Cristo vence, Cristo

imperá!». Como Rey pacífico le había contemplado San Efrén. Su cetro es la cruz, puente tendido sobre la muerte para que las almas pasen a la vida.

II. EN QUÉ CONSISTE SU REINO

Esencialmente en vencer el pecado con el Amor. Que solo el amor de Dios triunfe. Por eso reza la Iglesia en esta fiesta: *Señor, concédenos propicio que la gran familia humana, disgregada por la herida del pecado, se someta a tu suavísimo imperio*. Y precisamente en este sometimiento a su poder, a su imperio, a su ley, a su amor, consiste el establecimiento de su Reino.

¿En qué consiste el "poder" de Jesucristo Rey? No es el poder de los reyes y de los grandes de este mundo; es el poder divino de dar la vida eterna, de librar del mal, de vencer el dominio de la muerte. Es el poder del Amor, que sabe sacar el bien del mal, ablandar un corazón endurecido, llevar la paz al conflicto más violento, encender la esperanza en la oscuridad más densa. Este Reino de la gracia nunca se impone y siempre respeta nuestra libertad. Cristo vino *"para dar testimonio de la verdad"* (Jn 18, 37) —como declaró ante Pilato—, quien acoge su testimonio se pone bajo su "bandera", según la imagen que gustaba a san Ignacio de Loyola. Por lo tanto, es necesario -esto sí- que cada conciencia elija: ¿a quién quiero seguir? ¿A Dios o al maligno? ¿La verdad o la mentira? Elegir a Cristo no garantiza el éxito según los criterios del mundo, pero asegura la paz y la alegría que sólo Él puede dar. Lo demuestra, en todas las épocas, la experiencia de muchos hombres y mujeres que, en nombre de Cristo, en nombre de la verdad y de la justicia, han sabido oponerse a los halagos de los poderes terrenos con sus diversas máscaras, hasta sellar su fidelidad con el martirio (BXVI).

El Reino de Jesús se establecerá de manera definitiva y eterna al final de los tiempos, cuando se cumpla el Evangelio: *«Y vendrá sobre las nubes con gran poder y majestad el Rey»*. ¡Qué maravilla! ese último momento de la historia será para mí el último día de mi vida, cuando se pare mi corazón y se efectúe, por fin, el encuentro cara a cara.

III. LOS FALSOS REINOS

Nos puede ayudar mucho a diferenciar el Reino verdadero y los falsos reinos, el **sueño de Nabucodonosor** narrado en **Daniel 2, 31-45**¹. El rey soñando, ve una estatua gigante de un hombre con una cabeza de oro, su pecho y brazos de plata, su vientre y muslos de bronce, sus piernas y sus pies en parte de hierro y en parte de barro. En un determinado momento, sin intervención humana, una piedrecita se empieza a deslizar desde lo alto, va creciendo, y termina chocando con los pies de barro del gigante, que queda totalmente destrozado, pulverizado. El Rey no entiende nada, pero Dios le reveló el significado del sueño a través de Daniel: El Reino de Dios vencerá a todos los imperios del mundo (entonces eran los imperios Babilonio, Medo-Persa, Greco-Macedonio y Romano). Daniel concluye su explicación diciendo: "Y en los días de estos reyes *El Rey de los cielos fundará un reino que no será jamás destruido, y que triturará todos los reinos de la tierra. Él, en cambio, permanece para siempre*" (v. 44).

¿Cómo se cumple esta profecía de Daniel? Aquella piedrecilla que se desprende sin intervención humana y se va deslizando lentamente al principio y luego con rapidez, y llega a los pies de la estatua colosal de Nabucodonosor y la derriba, es el Reino de Dios. Hoy la estatua gigante son las modas, las ideologías, las corrientes de opinión, el progreso y las poderosas tecnologías modernas usadas al margen de la ley divina... por todas ellas el hombre actual va endiosándose. Parecen imbatibles, pero luego basta una piedrecilla que rueda desde lo alto, cada vez más



¹ Es muy recomendable leer el texto entero del sueño de Nabucodonosor en la Biblia, en el texto del profeta Daniel citado.

arrolladora, tropieza con los pies de la estatua colosal y todo lo convierte en nada, polvo... y al mismo tiempo esa piedrecilla que parecía tan insignificante al empezar a rodar se hace montaña gigantesca que cubre toda la tierra.

El Dios del cielo fundará un Reino que triturará todos los reinos de la tierra, Él en cambio permanece para siempre. ¡Jesucristo el único Rey nos trae el único Reino que perdura!

Pensemos en la vanidad de esos reinos con pies de barro... Vanidad de la hermosura, vanidad del placer, de las riquezas, del poder, de la ciencia... ¡Vanidad total! Todo terminará pulverizado.

¿Cuáles son las raíces de esos falsos reinos que serán triturados? Son las vanidades del poder, la belleza, el placer, la honra...

-Vanidad de la hermosura. Cada día descubres el esqueleto de la corrupción que encubre todas las hermosuras de la tierra. Cuando los apóstoles admiraban la belleza del templo, Jesús les dijo: de todo esto "no quedará piedra sobre piedra".

En una ocasión se presentó un noble persa en Roma al emperador Adriano, en pleno siglo de oro del Imperio. -¿Qué tal Roma?, le preguntó el emperador. ¿Te quedarías allí para siempre? -«Señor —respondió el noble persa— en ningún sitio he encontrado tales bellezas, tenéis una ciudad única en el mundo, pero te diré que no me deslumbran ya, ¿sabes por qué? Porque un día me enteré que entre las columnas, arcos de triunfo, templos, palacios,... he visto también tumbas. Aquí en Roma, por tanto, también se muere, lo mismo que en Persia. Me voy otra vez a mi pueblo. Cuando descubrí esta verdad las más brillantes hermosuras se oscurecieron a mis ojos».

-Vanidad del placer. Porque la tristeza está en el fondo del placer como en la desembocadura de todos los ríos el agua amarga. Y esa es la historia de cada día: prisas, vanidades, orgullo... y luego, dentro, inquietud, amargura, faltas de caridad con los demás, desasosiego... Es que el placer del sentimentalismo, de la impureza, de la ambición, del activismo vanidoso... el placer de este mundo, en cuanto pasa la raya se convierte en dolor; y la raya es la voluntad de Dios, el beneplácito divino. Crudas espinas bajo blandas flores, dolores con semblantes de placeres, placeres con raíces de dolores.

Unamuno, que libró luchas dramáticas en su interior por la fe, escribió en «Carta íntima a Azorín»: *Qué triste es después de una niñez y juventud de fe, de fe sencilla en la vida ultraterrena, haberla perdido, y buscar en lefama y la vanagloria un miserable relevo de ella; cosas que hoy son y mañana desaparecen; un remero, una copia miserable de esa felicidad tan grande en Dios Padre, en Jesucristo Rey.*

-Vanidad de la riqueza. La experiencia está ahí. Cuántas desgracias acarrear con frecuencia las riquezas. Familias que se deshacen por el dinero. Temo al dinero como al diablo, decía una priora carmelita. El afán de tener y tener más no nos lleva más que al egoísmo y a sustituir al verdadero Dios por el dios dinero para, al final, no lograr ser nunca felices. La verdadera riqueza es aquella que conseguimos ante Dios, cuando nos servimos de los medios materiales para compartir con los demás, para hacer felices a otras personas. El resto de las riquezas es de necios (cf. Lc 12.20). Vanidad de vanidades es todo lo que no sea amar, es decir, reconocer a Jesucristo como Rey en el Corazón de la Virgen.

-Vanidad de la honra y del poder. En abril de 1946 Roosevelt, que había comenzado su cuarto mandato como presidente de los EEUU, disponía del poder bélico y económico más formidable que ha habido en la historia: ocho millones de soldados, tres y medio de marinos, cincuenta y tres trabajadores en las industrias de guerra y un presupuesto fabuloso... Aquel día sufre una hemorragia cerebral y empieza a vivir para siempre... La noticia conmociona al mundo.

Siglos antes, en la iglesia de San Dionisio de París, reposan los despojos mortales de Luis XIV. Nobleza, ejército, pueblo, llenan el templo en homenaje al Rey Sol, al «mayor de los mortales», como le adulaban sus cortesanos. «Ha muerto el monarca más poderoso del mundo —exclamó Masillón—; sólo Dios es grande». Sí, ¡sólo Dios es grande! Ante la ruina del mundo que anuncia el evangelio, ante la realidad de los 200.000

hombres que mueren aproximadamente a diario, exclamemos también nosotros: ¡Sólo Dios es grande! Vivamos sólo para Él.

"Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán". Frase impresionante de Jesús en el Evangelio. A pesar de la grandeza deslumbrante de ciudades, edificios, técnica e inventos,... esta sentencia de Jesús resuena por encima de todo lo que hacen los hombres. ¡Todo pasará! Sólo la Palabra de Cristo permanecerá para siempre: Imperios, teorías, doctrina, filosofías, progreso, evolución... Sólo permanecerá la infinita grandeza de «Aquel que es» (Ex 3,14), del «que habita en luz inaccesible» (1 Tm 6,16), del «Padre de las luces, en el que no hay cambio ni nebulosidad» (St 1,17).

IV. NOSOTROS

Buscad el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará como añadidura (Mt 6,33). Jesús nos llama a colaborar con Él en la implantación de su Reino, a seguir sus huellas imitando su vida:

«Mi voluntad es conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, quien quisiera venir conmigo, ha de trabajar conmigo...» Este "conmigo" es lo más emocionante y consolador de esta invitación apremiante a la conquista del mundo de mi corazón, de todas las almas que me rodean.

No tengamos miedo. Él va por delante, y permanece íntimamente unido a nosotros. San Wenceslao, duque de Bohemia, recorría durante la noche las chozas de sus pobres súbditos. La nieve ha helado los caminos. Muchos grados bajo cero. Acompañado de su escudero, sale de palacio. Media hora de camino, y Podexino, su paje, le dice con voz extenuada: «Déjame morir, no puedo seguir, tengo las piernas heladas». Amorosamente lo levanta. Le dice: «Ya verás cómo puedes. Pon tus pies sobre mis pisadas y no tengas miedo». Y pudo seguir. También nosotros podremos seguir a Jesús sin retroceder si ponemos los pies en las huellas calientes que van dejando en la nieve sus pisadas. Con Él y en Él descubriremos el manantial íntimo de alegría y felicidad que ocultan los sufrimientos por amor de Dios.

En el castillo de Javier en Navarra, se contempla el crucifijo que sudaba sangre cada vez que Francisco en Oriente padecía algún trabajo por Cristo. Hay una intimidad secreta entre Jesús y el cristiano, una unidad irrompible después de la Encarnación. Cuando el gran Santo misionero padece y sufre hambre y desprecios en las islas del Moro por Cristo, escribe desde Cochín a sus compañeros de Roma el 20 de enero de 1548: «*Todos estos peligros y trabajos, voluntariamente tomados por amor y servicio de Dios nuestro Señor, son tesoros abundantes de grandes consolaciones espirituales; hasta tal punto, que son islas muy dispuestas para un hombre, en pocos años, perder la vista de los ojos corporales con la abundancia de lágrimas de consolación.*»

«Venid conmigo, trabajad conmigo para entrar conmigo en la gloria de mi Padre». Esta súplica la hace oración la Iglesia en su liturgia, al pedir a Dios que reinen en el cielo para siempre con Jesucristo cuantos en la tierra lucharon tras su bandera. Preludia nuestra entrada en el cielo cuando descubramos cara a cara a Jesucristo, gracias al cual hemos llegado a salvarnos: «*Digno es el Cordero que ha sido sacrificado de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor. A Él la gloria y el imperio por los siglos de los siglos.*»

En la plaza de San Pedro, de Roma, se levanta el obelisco de Calígula. Es un monolito egipcio de 25 metros de altura. Se eleva sobre un pedestal de 24. En su punta aparece la cruz victoriosa. En mármol, grabadas en su base, tres inscripciones: «*Cristo reina, Cristo vence, Cristo impera.*». Era el grito de los cruzados medievales. También debería ser el nuestro, eterno cántico de gratitud y amor al Cordero Inmaculado, Cristo Jesús: «*Nos rescataste para Dios con tu sangre de toda tribu, lengua, pueblo y nación, y nos hiciste reino de Dios*» (Ap 5,9).

Digamos a la Virgen: Madre querida, queremos descubrir en la oración el secreto para saber sufrir con alegría en los trabajos que por Él y en Él realicemos para extender su Reino. Cristo padece en y por mí. Tú, Madre, nos enseñarás a ser portadores de la cruz, con alegría radiante, con paz en medio del dolor, del desengaño, de la incompreensión. Enséñanos a poner los pies en las huellas de Jesús.

ESCUELA DE SANTIDAD (Práctica cristiana)

TEMA 7 (petición): Enamorarme del Rey y alistarme en su seguimiento

1. Ejercicio de ORACIÓN para la semana

Enamorarnos del Rey

Dice Santa Teresa de Jesús: «*Otros reyes se presentan con insignias y atributos para que los reconozcan. Éste no los necesita*». Es Rey por naturaleza. Sólo con su presencia y figura transparente realiza. «*¡Oh hermosura que excedéis a todas las hermosuras!, sin herir, dolor hacéis, y, sin dolor, deshacéis el amor de las criaturas*». Es tan suave su mirada, que con sólo verle nos cautiva y enamora, y, sin dolor, deshace en nosotros el amor de las criaturas, libertándonos de sus cadenas. Pidámosle que nos enamore.

ORACIÓN AL CORAZÓN DE CRISTO REY:

Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones, te pido, por el Corazón Inmaculado de Tu Madre, que venga a nosotros Tu Reino, que se encienda Tu día, que aceleres Tu triunfo espiritual y social sobre las naciones todas.

Quiero ofrecerme a Ti, entregarme generosamente a tu servicio. Nada puedo por mí mismo, pero confío en Ti. Soy Tu miseria, pero Tú serás mi Todo. Tu Corazón en la cruz está abierto, no traspasado. Así, el que entra, ya no puede salir y aprende a confiar.

Corazón de Jesús, haz que «*me quede impresa en el alma Tu grandísima hermosura*». Enciérrame en Tu Corazón. Enséñame a controlar imaginación y sensibilidad, a dominar mis cambiantes estados de ánimo, para poder, con amor creciente, repetir siempre: «*Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía a nadie que en Su comparación me pareciese bien, ni me ocupase*».

Desde lo íntimo de mi corazón, desde este mundo en ruinas, sin norte y sin amor, clamo por Tu Reino de Verdad y de Vida, de Santidad y de Gracia, de Justicia, de Amor y de Paz. ¡Ven, Señor Jesús!



–imagen de la esperanza–, mientras en el lado occidental estaba el Juicio final, como imagen de la responsabilidad respecto a nuestra vida» (SS, 41): esperanza en el amor infinito de Dios y compromiso para ordenar nuestra vida según el amor de Dios. Cuando contemplamos las representaciones de Jesús inspiradas en el Nuevo Testamento, como enseña un antiguo Concilio, se nos lleva a «comprender la sublimidad de la humillación del Verbo de Dios y a recordar su vida en la carne, su pasión y muerte salvífica y la redención que de ella se deriva para el mundo» (Concilio de Trullo). «Sí, la necesitamos para ser capaces de reconocer en el corazón traspasado del Crucificado el misterio de Dios» (Benedicto XVI).

Texto 2: Dios me eligió porque no encontró otro más inútil (S Francisco. Florecillas X).

El Señor no elige a los capaces (¿alguien lo es?) sino que capacita a los que elige. Cuenta con todos, nadie sobra a la hora de trabajar en su viña. A veces el demonio nos tienta con falsas humildades haciéndonos

pensar que nosotros no valemos, que no tenemos cualidades. No tenemos en cuenta lo que nos dice san Pablo tan claramente: «*Dios ha escogido lo necio del mundo, para avergonzar a los sabios; lo débil del mundo, para confundir a lo que es fuerte*» (Icor 1,27). También los santos lo han vivido así: *Se hallaba San Francisco en el lugar de la Porciúncula con el hermano Maseo. Un día, al volver San Francisco del bosque, donde había*

ido a orar, el hermano Maseo quiso probar hasta dónde llegaba su humildad; le salió al encuentro y le dijo en tono de reproche: - ¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti?

- ¿Qué quieres decir con eso? - *repuso San Francisco. Y el hermano Maseo: - Me pregunto ¿por qué todo el mundo va detrás de ti y no parece sino que todos pugnan por verte, oírte y obedecerte? Tú no eres hermoso de cuerpo, no sobresales por la ciencia, no eres noble, y entonces, ¿por qué todo el mundo va en pos de ti?*

Al oír esto, San Francisco sintió una gran alegría de espíritu, y estuvo por largo espacio vuelto el rostro al cielo y elevada la mente en Dios; después, con gran fervor de espíritu, se dirigió al hermano Maseo y le dijo:

- *¿Quieres saber por qué a mí? ¿Quieres saber por qué a mí? ¿Quieres saber por qué a mí viene todo el mundo? Esto me viene de los ojos del Dios altísimo que miran en todas partes a buenos y malos, y esos ojos santísimos no han visto, entre los pecadores, ninguno más vil ni más inútil, ni más grande pecador que yo. Y como no ha hallado sobre la tierra otra criatura más vil para realizar la obra maravillosa que se había propuesto, me ha escogido a mí para confundir la nobleza, la grandeza, la fortaleza, la belleza y la sabiduría del mundo, a fin de que quede patente que de Él, y no de criatura alguna, proviene toda virtud y todo bien, y nadie puede gloriarse en presencia de Él, sino que quien se gloria, ha de gloriarse en el Señor, a quien pertenece todo honor y toda gloria por siempre.*

Texto 3: Cristo me llama por mi nombre. Cuenta con nosotros

A lo largo de toda nuestra vida, Cristo nos llama. Nos estaría bien tener conciencia de ello, pero somos lentos en comprender esta gran verdad: que Cristo camina a nuestro lado y con su mano, sus ojos y su voz nos invita a seguirle. En cambio, nosotros ni siquiera alcanzamos a oír su llamada que se da a entender ahora mismo. Pensamos que tuvo lugar en los tiempos de los apóstoles; pero no creemos que la llamada nos atañe a nosotros, no la esperamos. No tenemos ojos para ver al Señor, muy al contrario del apóstol a quien Jesús amaba, que distinguía a Cristo cuando los demás discípulos no lo reconocían para nada (cf Jn 21,7). No obstante, estate seguro: Dios te mira, quien quiera que fueras. Dios te llama por tu nombre. Te ve y te comprende, Él que te hizo. Todo lo que hay en ti le es

TEXTOS para meditar esta semana

Texto 1: Jesús reina desde la Cruz

El Evangelio de san Lucas presenta, como en un gran cuadro, la realeza de Jesús en el momento de la crucifixión. Los jefes del pueblo y los soldados se burlan del «*primogénito de toda criatura*» (Col 1,15) y le ponen a prueba para ver si tiene el poder para salvarse de la muerte (cf. Lc 23, 35-37). Sin embargo, «precisamente en la cruz, Jesús está a la altura de Dios, que es Amor. Allí se le puede 'conocer'. Jesús nos da 'vida' porque nos da a Dios. Nos lo puede dar porque Él mismo es uno con Dios». De hecho, mientras que el Señor parece pasar desapercibido entre dos malhechores, uno de ellos, consciente de sus pecados, se abre a la verdad, alcanza la fe e implora «*al rey de los judíos*»: «*Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu reino*» (Lc 23,42). De quien «*es antes de todas las cosas y en Él todas subsisten*» (Col 1, 17) el llamado «buen ladrón» recibe inmediatamente el perdón y la alegría de entrar en el Reino de los Cielos. «*Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso*» (Lc 23, 43). Con estas palabras, Jesús, desde el trono de la cruz, da la bienvenida a todos con la misericordia infinita. San Ambrosio comenta que «es un buen ejemplo de conversión al que debemos aspirar: muy pronto al ladrón se le concede el perdón, y la gracia es más abundante que la petición; el Señor, de hecho, dice san Ambrosio, siempre concede lo que se le pide. La vida consiste en estar con Cristo, porque donde está Cristo allí está el Reino».

El camino del amor, que el Señor nos revela y nos invita a recorrer, se puede contemplar incluso en el arte cristiano. De hecho, antiguamente, «en la configuración de los edificios sagrados se hizo habitual representar en el lado oriental al Señor que regresa como rey

conocido; todos tus sentimientos y tus pensamientos, tus inclinaciones, tus gustos, tu fuerza y tu debilidad. Te ve en los días de alegría y en los tiempos de pena. Se interesa por todas tus angustias y tus recuerdos, todos tus ímpetus y los desánimos de tu espíritu. Dios te abraza y te sostiene; te levanta o te deja descansar en el suelo. Contempla tu rostro cuando lloras y cuando ríes, en la salud y en la enfermedad. Mira tus manos y tus pies, escucha tu voz, el latido de tu corazón y hasta tu aliento. No te amas tú más que te ama Él. (S. John H. Newman)

Y Rabindranath Tagore nos narra esta preciosa historia que nos abre a la entrega de toda nuestra pobreza al Rey del mundo:

Iba yo pidiendo, de puerta en puerta, por el camino de la aldea, cuando tu carro de oro apareció a lo lejos, como un sueño magnífico. Y yo me preguntaba, maravillado, quién sería aquel Rey de reyes. Mis esperanzas volaron hasta el cielo, y pensé que mis días malos se habían acabado. Y me quedé aguardando limosnas espontáneas, tesoros derramados por el polvo. La carroza se paró a mi lado. Me miraste y bajaste sonriendo. Sentí que la felicidad de la vida me había llegado al fin. Y de pronto tú me tendiste tu diestra diciéndome: "¿Puedes darme alguna cosa?". ¡Ah, qué ocurrencia la de tu realeza! ¡Pedirle a un mendigo! Y yo estaba confuso y no sabía qué hacer. Luego saqué despacio de mi saco un granito de trigo, y te lo di. Pero qué sorpresa la mía cuando al vaciar por la tarde mi saco en el suelo, encontré un granito de oro en la miseria del montón. ¡Qué amargamente lloré de no haber tenido corazón para dártelo todo!

Texto 4: Soldados de Cristo Rey

Los santos han seguido de cerca a Cristo y han colaborado con Él en la implantación del Reino de Dios, venciendo el pecado en ellos y en los demás. Y el martirio, suprema victoria del amor, se ha reproducido siempre que Cristo Rey se apodera de un alma. Ejemplos de todos los tiempos. Espigamos algunos:

Marcelo, un centurión de la legión trajana, rehúsa valientemente participar en las supersticiones y profanidades de sus compañeros, diciendo: «Yo soy soldado de Jesucristo, Rey eterno». Muere decapitado el 30 de octubre del 298.

En la persecución de Antonio Pío, **Hermías**, al ser invitado a sacrificar a los dioses, grita: «Soy soldado de Cristo, Rey celestial e inmortal, cuyo Reino no tendrá fin. Por tanto, no puedo obedecer a un rey temporal, cuyo reinado concluirá en seguida». Y su cabeza rueda ensangrentada, mientras su alma florece con eterna primavera para el cielo.

Salvador Gutiérrez Mora es empleado del Banco Internacional de Méjico. Abandona su empleo para incorporarse a la lucha de los católicos contra un Gobierno tiránico. Una bala atraviesa sus piernas. Al recobrar el conocimiento, le pregunta el teniente coronel Olivares: «—¿De qué partido es usted? —Defensor de Cristo Rey— responde jugándose la vida. —¿Se rinde? —No me rindo. —Deme el revolver. —Tómelo y máteme si quiere, pero antes déjeme gritar: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!» Así empezó a vivir para siempre.

Mártires claretianos de Barbastro

Faustino Pérez es, quizá, el mártir más representativo de los claretianos de Barbastro. En él el heroísmo aparecía con caracteres más vehementes. A él se debe, entre otras cosas, la despedida que dedicó a la Congregación, una despedida que no se puede leer sin sentir un profundo escalofrío de emoción: "Querida Congregación. Anteayer, día 11, murieron, con la generosidad con que mueren los mártires, 6 de nuestros hermanos; hoy, día 13, han alcanzado la palma de la victoria 20, y mañana, 14, esperamos morir los 21 restantes. ¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Dios! ¡Y qué nobles y heroicos se están mostrando tus hijos, Congregación querida! Pasamos el día animándonos para el martirio y rezando por nuestros enemigos y por nuestro querido Instituto; cuando llega el momento de designar las víctimas hay en todos serenidad santa y ansia de oír el nombre para adelantarse y ponerse en las filas de los elegidos; esperamos el momento con generosa impaciencia, y cuando ha llegado, hemos visto a unos besar los cordeles con que les ataban, y a otros dirigir palabras de perdón a la turba armada; cuando van en el camión hacia el cementerio, les oímos gritar ¡Viva Cristo Rey! El populacho responde ¡Muera! ¡Muera! Pero nada los intimida. ¡SON TUS HIJOS, CONGREGACIÓN QUERIDA,

estos que entre pistolas y fusiles se atreven a gritar serenos cuando van a la muerte ¡VIVA CRISTO REY! Mañana iremos los restantes y ya tenemos la consigna de aclamar, aunque suenen los disparos, al Corazón de nuestra Madre, a Cristo Rey, a la Iglesia Católica y a Ti, MADRE COMÚN DE TODOS NOSOTROS. Me dicen mis compañeros que yo inicie los vivas y que ellos responderán. Yo gritaré con toda la fuerza de mis pulmones, y en nuestros clamores entusiastas adivina tú, Congregación querida, el amor que te tenemos, pues te llevamos en nuestros recuerdos hasta estas regiones de dolor y muerte. Morimos todos contentos sin que nadie sienta desmayos ni pesares; morimos todos rogando a Dios que la sangre que caiga de nuestras heridas no sea sangre vengadora, sino sangre que entrando roja y viva por tus venas, estimule su desarrollo y expansión por todo el mundo. ¡Adiós, querida Congregación! ... Los mártires de mañana, 14, recuerdan que mueren en vísperas de la Asunción; ¡y qué recuerdo éste! Morimos por llevar la sotana y morimos precisamente en el mismo día en que nos la impusieron. Los mártires de Barbastro, y en nombre de todos, el último y el más indigno, Faustino Pérez, cmf. ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva el Corazón de María! ¡Viva la Congregación! Adiós, querido Instituto. Vamos al cielo a rogar por ti. ¡Adiós! ¡Adiós!"

2. Ejercicio de CARIDAD para esta semana

A Santa Teresa le pidieron sus monjas que les enseñase a rezar, como Jesús enseñó a sus discípulos. Ese fue el origen de "Camino de perfección". En los primeros capítulos (4-16) Teresa trata de las "virtudes recias" que conducen tanto a la meditación como a la contemplación. Escribe ella: "En esto de oración es lo que me habéis pedido diga alguna cosa [...]. Antes que diga de lo interior, que es la oración, diré algunas cosas que son necesarias tener las que pretenden llevar camino de oración [...]. Solas tres cosas me extenderé en declarar [...]: la una es **amor unas con otras**; otra, **desasimiento de todo lo criado**; la otra, **verdadera humildad**, que aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza todas".

Las virtudes son la prueba infalible de que hay oración en el alma; son como la medida del provecho en la vida espiritual. No lo es tanto el gusto en la oración u otros fenómenos más o menos extraordinarios, que hay que esperar a la otra vida para ver su valor... Esta semana intenta comprobar si la oración te está ayudando a crecer en esas tres virtudes: caridad, pobreza de espíritu y humildad.

3. Ejercicio de ABNEGACIÓN para esta semana

Las tres virtudes de que habla Teresa están interrelacionadas, crecen juntas. Ella conoce bien el corazón humano y sabe que el hombre está enfermo por dentro y se engaña con frecuencia. Su yo es una fuerza que le domina y esclaviza. Es preciso contradecirlo, dominarlo, controlarlo para corregirlo. Hay que cambiar su fuerza negativa en positiva. Teresa propone de fondo contradecir en todo la propia voluntad, para que venza el Amor.

Esta semana nos podemos ejercitar para que Cristo y su gracia triunfe en mí, amando en todo. Por ejemplo:

1º. Si tienes prisa en hacer muchas cosas, antes de empezar a hacer nada, te serenas, lo ofreces, purificas la intención. La prisa mata el amor. Si no lo consigues, aplazas para el día siguiente esa tarea que te coge demasiado el corazón. Es ejercicio de libertad, de señorío sobre ti mismo. Pero para lograrlo necesitas invocar a la Virgen con confianza amorosa.

2º. Si al empezar lo que tienes que hacer, sigues inquieto, con prisa para acabar, alterado, pensando en hacer lo que viene después... pues aplazas eso que viene luego y te alargas un poco más en lo que haces ahora.

3º. Mientras trabajas o haces cualquier cosa procura estar bajo la mirada de Dios, pensando que puede ser la última que hagas en la vida (pensamiento del cielo). Pues, aunque no sea la última, proceder así ayuda a amar, a estar desprendido de todo lo que pasa...

Así empiezas a vivir la realeza de Jesucristo como Amigo, como Padre, como Esposo. Te vas introduciendo más en el Corazón de la Virgen, venciendo la polvareda de pasiones e intereses bajos y pobres en la que solemos vivir envueltos. Sólo así podrás contemplar el sol en un día de cielo azul en tu alma. Ven, Espíritu Santo.